

La calle para el martes 4 de octubre de 2011

Diario de un espectador

Tres de octubre

Miguel ángel granados chapa

Dos de octubre no se olvida y por eso cada año (este domingo por ejemplo) pequeños grupos o grandes multitudes recorren algunas calles de la ciudad de México en memoria de los muertos caídos a balazos por la intemperancia gubernamental en 1968, en la plaza de las Tres culturas de la ciudad de México.

Tres de octubre, en cambio, se ha olvidado. Un día como ayer se perpetró otra matanza política cuyos autores, como los de Tlatelolco, quedaron siempre impunes. Claro que no hay comparación entre los dos acontecimientos. Los citamos ahora por su vecindad cronológica. En la acción ordenada por Díaz Ordaz pereció un número indeterminado de personas, pero sin duda fueron cientos las víctimas. En cambio, en el episodio que hoy queremos recordar se trataba de eliminar a personas específicas, con nombre y apellido, y en número determinado. Los dos actos de barbarie poseen el denominador común de haber sido inducidos por el autoritarismo incontenible.

Hemos refrescado nuestro conocimiento del tres de octubre gracias a la novela-reportaje de Ignacio Solares, *El Jefe Máximo*. Allí se cuenta el asesinato del general Francisco R Serrano, hasta ese momento amigo del presidente Calles y del ex presidente Álvaro Obregón. Pocas veces consta una orden de esta naturaleza en un documento oficial, como el recibido por el general Claudio Fox el tres de octubre de 1927. Firmado por Calles dice escuetamente:

“Sírvasse marchar inmediatamente a Cuernavaca al frente de una escolta de cincuenta hombres del primer regimiento de artillería, para recibir del general Enrique Díaz González, jefe del 57 batallón, a los rebeldes Francisco Serrano y personas que lo acompañan, quienes deben ser pasados por las armas en el propio camino a esta capital por el delito de rebelión contra el gobierno constitucional de la república. En la inteligencia de que deberá rendir el parte respectivo, tan pronto como se haya cumplido la presente orden, directamente al suscrito”

La orden en efecto se cumplió, en Huitzilac. Eran catorce personas las recibidas por Fox y fusiladas. Una de ellas, Francisco J. Santamaría, pudo escurrirse entre las sombras y se salvó. De vuelta en el castillo de Chapultepec, ya el cinco de octubre, Fox se apersonó ante Calles para informarle:

“Los cadáveres ya han sido instalados en una pieza de los sótanos. El señor presidente y el señor caudillo los querrán reconocer personalmente dentro de la mayor discreción. Sólo estaremos presentes el general Cruz, el

doctor José Manuel Puig y su servidos –el labio interior estremecido por la respiración dificultosa.

“Durante el recorrido por el frío pasillo de pétreas paredes y ladrillos húmedos, Fox miró los rostros inescrutables de Calles y de Obregón con los rostros apretados y las miradas muy fijas en el piso de losetas desportilladas y en los escalones. Los bigotes arriscados, canosos, del general Obregón le prestaban cierta altivez y, si acaso, le pareció que las mejillas del señor presidente parecían un poco encendidas, aunque quizá fuera por el frío.

“En una de las piezas más amplias y frías se encontraban en improvisados camastros los trece cadáveres. Calles y Obregón pasaban frente a ellos mientras el doctor Puig los iba descubriendo. Los ojos botados, quizá reventados por lo último que vieron, ya opacándose y como cubriéndose de moho, las bocas con los labios muy apretados o entreabiertos...”